

bien mi leccion y leía de corrido la media página de la Historia Santa, mi madre descubria la estampa, y con el libro abierto sobre sus rodillas, me la hacia contemplar explicándomela en premio de mi aplicacion. Estaba mi madre dotada por la naturaleza de un alma tan piadosa como tierna y de la imaginacion mas sensible y lozana; todos sus pensamientos eran sentimientos, todos sus sentimientos eran imágenes; su hermoso, noble y suave rostro reflejaba, en su radiante fisonomía, todo lo que ardia en su corazon, todo lo que se pintaba en su pensamiento, y el metal argentino, afectuoso, solemne y apasionado de su voz, daba à todo lo que decia un acento de vehemencia, de encanto y de amor que todavía en este instante resuena en mis oidos, ¡ay! al cabo de seis años de silencio! La vista de aquellas estampas, las explicaciones y los poéticos comentarios de mi madre, me inspiraban desde la mas tierna niñez tendencias é inclinaciones bíblicas; del amor de las cosas al deseo de ver los sitios donde pasaron aquellas cosas, no habia mas que un paso, y así, ya desde la edad de ocho años, ardia yo en deseos de ir á visitar aquellas montañas adonde descendia Dios; aquellos desiertos donde los àngeles iban á enseñar á Agar el manantial escondido para reanimar á su pobre hijo desterrado y sediento; aquellos rios que salian del paraíso terrenal; aquel cielo donde se veía subir y bajar á los àngeles en la escala de Jacob.

Jamas este deseo se habia apagado en mí; siempre desde entónces pensaba yo en un viage á Oriente, como en un grande acto de mi vida interior; perpetuamente construía yo, en mi pensamiento, una vasta y religiosa epopeya, cuya principal escena debian ser aquellos hermosos sitios; parecíame tambien que las deudas del entendimiento, las perplexidades religiosas, debian hallar allí su solucion y su término. En fin, allí debia yo hallar colores para mi poema, porque la vida, para mi mente, ha sido siempre un gran poema, como ha sido amor para mi corazon. Dios, Amor y Poesía, son las tres únicas palabras que desearia tener grabadas en mi losa, si algun dia merezco una losa.

Tal es el origen de la idea que me impele ahora á las playas del Asia; esta es la razon porque estoy en Marsella y me tomo tanto afan por abandonar un suelo que amo, donde tengo amigos, donde me lloraràn y me seguiràn algunos pensamientos fraternales.

22 de Mayo, Marsella.

He fletado un buque de 250 toneladas, de 46 hombres de tripulacion. El capitán es un sugeto excelente, y cuya fisonomía me gustó desde el primer momento. Su voz tiene aquel acento grave y sincero de la probidad firme y de la conciencia

limpia; hay en la espresion de su semblante suma formalidad, y en su mirada aquel rayo de luz recto, franco y vivo, síntoma seguro de una resolucion rápida, enérgica é inteligente: es ademas hombre bondadoso, fino y bien educado. Le he ecsaminado con la escrupulosidad que naturalmente debe emplearse en la eleccion del hombre á quien va uno á confiar no solo su hacienda y su vida, mas la vida de una esposa y de una hija única, en quien la vida de los tres está esclusivamente concentrada. ¡Dios nos proteja y nos traiga con bien al puerto!

El buque se llama el *Alceste*; el capitan es M. Blanc, de la Ciotat; el armador es uno de los mas dignos comerciantes de Marsella. M. Bruno-Rostand, que nos colma de atenciones y agasajos. Ha residido mucho tiempo en el Levante; hombre instruido y capaz de los empleos mas eminentes, su probidad y su talento le han grangeado en su ciudad natal una consideracion igual á su caudal, del que disfruta sin ostentacion, rodeado de una preciosa familia, sin ocuparse mas que en difundir entre sus hijos las tradiciones de honradez y de virtud. ¡Feliz pais aquel en que se hallan semejantes familias en todas las clases de la sociedad! Y ¡oh admirable institucion de la familia, que protege, conserva, perpetúa la misma santidad de costumbres, la misma nobleza de sentimientos, las mismas dotes tradicionales en la cabaña, en el mostrador y en el palacio!

Tirso Carltago Zeimer.

22 de Mayo.

Marsella nos acoge como si fuéramos hijos de su hermoso cielo: este es un pais de generosidad de corazon y de poesia de alma. Los Marselleses reciben á los poetas como á hermanos; ellos tambien son poetas, y entre los hombres de la sociedad comun, de la academia, y entre los jóvenes que entran apénas en la vida, he hallado una multitud de caracteres y de talentos destinados á honrar no solo su patria, mas la Francia entera.—El mediodía y el norte de Francia me parecen, bajo este concepto, muy superiores á las provincias centrales. La imaginacion languidece en las regiones intermedias, en los climas muy templados, como si necesitase escesos de temperatura. La poesia es hija del sol ó de los hielos eternos: Homero ú Osian, el Tasso ó Milton.

28 de Mayo.

Mi corazon conservará un eterno recuerdo de los Marselleses; no parece sino que quieren aumentar en mí esas angustias que oprimen el corazon cuando va uno á dejar su patria sin saber si la volverá á ver. Tambien conservará los nombres de las

personas que me han agasajado mas particularmente, y cuyo recuerdo durará en mí como la última y dulce impresion del suelo natal: M. J. Freysinnet, M. de Montgrand, MM. de Villeneuve, M. Vangaver, M. Autran, M. Dufeu, M. Jauffret, &c., &c., sugetos todos notables por una cualidad eminente del corazon ó de la cabeza, sabios administradores, escritores ó poetas. ¡Ojalá me sea dado volverlos á ver y pagarles á mi regreso todos esos tributos de gratitud y de amistad que es tan dulce deber y tan dulce pagar!

Esta mañana escribí la siguiente composicion paseándome entre las islas de Pomega y la costa de Provenza; es una despedida de Marsella, que abandono con sentimientos de hijo. Tambien hay en ella algunas estrofas que van todavía mas adentro en mi corazon:

DESPEDIDA.

A LA ACADEMIA DE MARSELLA.

Si abandono al capricho de las olas
Mi parte de ventura y de sosiego;
Si hija y esposa al piélago le entrego,
Y con ellas mi amante corazon:
Si lanzo al mar, al viento, á las arenas,
Esas vidas, mi gloria y mi embeleso,
Sin mas prenda de un próspero regreso,
Que un mástil que ha tronchado el aquilon;

No es, no, porque la sed del oro abrase
Mi pecho, do mas noble afecto vive,
Ni porque de la gloria me cautive
El inconstante, engañador fanal:
No es, no, porque del Dante la fortuna
Me arroje al seno de estrangeros mares,
O me obliguen las iras populares
Del destierro á comer la amarga sal.

No: de un valle en las fértiles laderas
Sitios, dejo con lágrimas, amenos,
De recientes recuerdos dulces llenos,
Y que hoy muchos contemplan con dolor.
Dejo á la sombra de los altos robles
Un májico retiro, do mi alma
En perpetua ventura, y paz y calma
No oye de las facciones el rumor.

En nosotros pensando un padre anciano
Tiembra allí al son del viento en las almenas,
Y pide al Hacedor que ondas serenas
Mezan la nave que nos lleva en sí;
Fieles criados, buenos labradores,
Nuestras pisadas buscan abatidos,
Y responden con lúgubres ahullidos
Mis perros, si oyen preguntar por mí.

Hermanas tengo, ramas que debieran
Del mismo tronco ser gala conmigo;
Tengo, precioso bien, mas de un amigo
Que lee en mis ojos y oye me pensar.
Tengo desconocidos corazones,
Misteriosos amigos en mi mente,
Ecos donde mis cantos dulcemente,
Para volver à mí, van à sonar.

Mas tiene el alma instintos que natura
Desconoce, al instinto semejantes
De las aves, que el mar cruzando errantes
De un lejano sustento en busca van.
¿Qué piden à los climas de la aurora?
¿Bajo de nuestros techos musgo y nidos,
Y para sus polluelos los caidos
Granos de nuestras eras no hallarán?

Yo el cotidiano pan tengo cual ellas,
Y el espumante rio y la colina;
Es, cual la suya, mi ambicion mezquina,
Y parto, cual las aves volveré.
Mas algo, cual à ellas, à la aurora
Me llama; mas no he visto, ni tocado
Aquel suelo de Cam al hombre dado
Que del linage humano el barro fué.

No he surcado los piélagos de arena,
En la viviente nave del desierto;
En el pozo de tres palmas cubierto (1)
No he bebido; en el polvo do de Job
Dios probó el sufrimiento, no he velado:
De noche entre los àrabes errantes,
Al rumor de las lonas palpitantes,
No he soñado los sueños de Jacob.

No conozco una página del mundo;
Ignoro como en ella el astro luce;
Qué impresion en el ánimo produce
El pensar que se acerca al Hacedor;
Al pié de una columna de do baja
La sombra de los siglos al poeta,
No sé qué dicen à la mente inquieta
La soledad, el céfiro, la flor.

No he oido resonar entre los cedros
La voz de las naciones: sobre Tiro
No he visto desplomarse en rauda giro,
De Dios à la suprema intimacion,
Las proféticas águilas del Líbano:
Donde Palmira fué no he reclinado
Mi sien; bajo mi pié no ha resonado
El imperio vacio de Mémnon.

(1) El pozo de Hebron.

No he oído cual del fondo de sus simas,
 Mas que el profeta de Anatot (1) sublime,
 En sus orillas se lamenta y gime
 La sagrada corriente del Jordan: -
 No he oído cual en mí canta mi alma
 En la gruta do el bardo rey sentía
 Inundarle en torrentes de armonía
 Los salmos que inmortales durarán.

Y no he seguido las divinas huellas
 Donde bajo el olivo lloró Cristo:
 La impresión de sus lágrimas no he visto
 Que conserva su eterno resplandor:
 En éstasis sublime sumergido,
 No he velado una noche en aquel huerto
 Donde de sangre y de sudor cubierto
 Bebió el amargo cáliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
 Donde impresa al partir quedó su planta;
 Y no he besado con fervor la santa
 Tumba donde su Madre le lloró;
 Y no he doblado la rodilla en donde,
 De su vida mortal rotos los lazos,
 Para ceñir al mundo abrió los brazos,
 Y para bendecirle se inclinó!

(1) Jeremias.

Por eso parto y doy á la ventura
 De mi ya inútil ecsistencia el resto,
 Que el viento en este márgen ó el opuesto
 Sacuda el tronco estéril ¿qué mas da?
 Clama el vulgo:—¡Insensato!—¡No! do quiera
 Todos aquí no encuentran su sustento:
 Es del poeta pan el pensamiento,
 Su vida son las obras de Jehová!

Por eso, ¡oh padre mio! adios os digo;
 Adios, mi hogar, adios, hermanas mías;
 Mis caballos, mi perro, mis umbrías
 Florestas abandono por partir.
 Vuestra imàgen me sigue, de mis dichas
 Cual sombra que à mi ausencia se resiste.
 ¡Ah! plegue á Dios que luzca ménos triste
 La hora que nos debe reunir!

Y tú ¡oh suelo entregado á mas embates,
 Que este á que me abandono, frágil pino!
 ¡Oh suelo que contienen el destino
 Del mundo, adios! adios, suelo natal!
 ¡Ojalà que rasgando Dios la nube
 Que templos, trono y libertad rodea,
 De tu inmortalidad lucir se vea
 Pronto en tu sacra márgen el fanal!

Y tú, Marsella, en la francesa orilla
 Sentada cual matrona hospitalaria,
 Nido seguro en la fortuna varia
 De los bajeles, aves de la mar;
 Ciudad que dejo con dolor profundo,
 Tú, cuya imagen en mi pecho vive,
 Tú, mis últimos votos hoy recibe
 Y mi primer saludo al regresar!

15 de Junio.

Hemos ido á visitar nuestro buque, ¡nuestra casa por tantos meses! Está distribuido en cuartitos, en que tenemos espacio para una hamaca y un baul. El capitan ha hecho abrir ventanitas que dan un poco de luz y de aire á los camarotes y que podremos abrir cuando no esté la mar muy alta ó no se tumbe el bergantin de costado. La cámara mayor está reservada para mi muger y mi hija Julia; las doncellas dormirán en la camarita del capitan, que ha tenido la bondad de cedérnosla. Como la estacion es hermosa, comerémos sobre cubierta, bajo una tienda de campaña dispuesta al pié del palo mayor: el buque está atestado de todo género de provisiones, que ecsige un viage de dos años en países sin recursos. Una biblioteca de quinientos volúmenes, todos escogidos entre obras

de historia, de poesía ó de viages, forma el mas precioso ornato de la cámara mayor; en los rincones van sendos haces de armas, y he comprado además un arsenal particular de escopetas, pistolas y sables para nosotros y nuestros criados. Los piratas griegos infestan los mares del Archipiélago, y estamos resueltos á resistir á todo trance, como que tengo que defender dos vidas que me son mas caras que la mia. Cuatro cañones van sobre el puente, y la tripulacion, que conoce la suerte que reservan los griegos á los infelices marineros á quienes sorprenden, está resuelta á morir primero que rendirse.

17 de Junio de 1832.

Llevo conmigo tres amigos. El primero es uno de aquellos hombres que la Providencia une á nuestra suerte, cuando prevee que hemos de tener necesidad de un apoyo que no se doblegue bajo la desgracia ó el peligro, Amadeo de Parseval. Desde nuestra mas tierna niñez nos ha unido un cariño que ninguna época de nuestra vida ha hallado en falta; mi madre le queria como á un hijo; yo le he querido siempre como á un hermano; siempre que ha herido mi corazon algun golpe de la suerte adversa, le he hallado junto á mí, ó le he visto acudir para tomar su parte en mi dolor, la parte princi-

pal, la desgracia entera si hubiera podido; es un corazon que solo vive de la dicha, ó que no sufre mas que de la desventura de los demas. Cuando yo estaba, hace quince años, en Paris, solo, enfermo, arruinado, desesperado y moribundo, él pasaba las noches velando junto á mi lámpara de agonía; cuando he perdido á algun ser adorado, siempre él ha sido quien ha venido á darme el golpe para mitigarle; cuando murió mi madre, él llegó junto á mí al mismo tiempo que la fatal noticia, y me llevó de doscientas leguas de distancia hasta la sepultura, donde en vano iba á buscar el supremo adios que ella me habia dirigido, pero que yo nunca oí! ... Mas adelante! ... Pero todavía no han acabado mis desgracias, y aun hallaré su amistad miéntras haya amarguras que restañar en mi corazon, miéntras haya lágrimas que mezclar á las mias.

Dos hombres honrados, de talento, instruidos, dos hombres como hay pocos, han llegado tambien para acompañarnos en esta peregrinacion: el uno es M. de Capmas, sub-prefecto, á quien la revolucion ha cortado la carrera, y que ha preferido los precarios azares de un porvenir duro é incierto á la conservacion de su empleo; un juramento hubiera repugnado á su honradez, porque hubiera parecido interesado. Es uno de esos hombres que nada calculan delante de un escrúpulo del honor, y en

quienes las simpatías políticas tienen todo el calor y la virginidad de un sentimiento.

El otro de nuestros compañeros es un médico de Hondshoote, M. de la Royere, á quien conocí en casa de mi hermana, en la época en que yo meditaba este viage. La pureza de su alma, la gracia original y sin pretension de su ingenio, la elevacion de sus sentimientos políticos y religiosos me hicieron una viva impresion, y me inspiraron el deseo de llevarle conmigo, mas bien como recurso moral, que como providencia de salud: luego me he felicitado mucho de haberlo hecho así; en mucho mas estimo su carácter y su alma que su saber, aunque ha probado que lo posee muy profundo. Mucho mas hablamos de política que de medicina: sus miras y sus ideas sobre el estado presente y el porvenir de Francia son muy vastas, y sobre todo, muy superiores á toda consideracion de afecto ú odio personales: sabe que la Providencia no hace acepcion de partido en su obra, y ve, como yo, en la política humana, ideas y no nombres propios. Su pensamiento va al fin, sin curarse de por quién ó por dónde hay que pasar, y su cabeza no tiene ninguna preocupacion, ninguna ciega predileccion ni aun las de su fé religiosa, que es sincera y ferviente.

Seis criados, casi todos antiguos ó nacidos en la casa paterna, completan nuestra expedicion: todos

parten con júbilo y miran este viage con un interes personal. Todos creen viajar para sí mismos y arrostran alegremente las penalidades y los peligros, que no les he disimulado.

En la rada, fondeado delante del pequeño golfo de Moutredon, el 10 de Julio de 1832.

Ya he partido: ya he confiado á las olas nuestro destino: solo me une ya al suelo natal el recuerdo de los seres queridos que dejo en él, el recuerdo sobre todo de mi padre y de mis hermanas.

Para esplicarme á mí mismo como, frisando ya en el término de mi juventud, en aquella época de la vida en que el hombre se retira del mundo ideal para entrar en el de los intereses materiales, he dejado mi serena y apacible ecsistencia de Saint-Point (1), y todas las inocentes delicias del hogar doméstico, endulzado por una esposa, embellecido por una hija; para esplicarme, digo, á mí mismo, como vago por el inmenso mar hácia unas playas y un porvenir desconocidos, tengo que remontarme á la fuente de todos mis pensamientos, y buscar en ella las causas de mis simpatías y de mis gustos viajeros.—¡Ah! ¡la imaginacion tiene tam-

[1] Hermosa quinta que posee el autor cerca de Macon, su patria, en la Borgoña.—*N. del T.*

bien sus necesidades y sus pasiones! Yo he nacido poeta, es decir, mas ó ménos inteligente de esa hermosa lengua que Dios habla á todos los hombres, pero mas claramente á algunos, por la via de sus obras. Jóven, oí ese verbo de la naturaleza, esa palabra formada de imágenes y no de sonidos, en las montañas, en las selvas, en los lagos, á la orilla de los abismos y de los torrentes de mi pais y de los Alpes, y aun traduje á la lengua escrita algunos de sus acentos que me habian conmovido y que á su vez conmovian otras almas; pero aquellos acentos no me bastaban ya: ya habia yo agotado esas pocas palabras divinas que nuestro suelo de Europa dice al hombre, y tenia sed de oír otras en mas sonoras y esplendentes riberas. Mi imaginacion estaba prendada del mar, de los desiertos, de las montañas, de las costumbres y de las huellas de Dios en el Oriente. Toda mi vida, el Oriente habia sido el sueño de mis dias de tinieblas en las brumas de otoño y de invierno de mi valle natal. Mi cuerpo, como mi alma, es hijo del sol: necesita luz, necesita aquel rayo de vida que vibra ese astro, no desde el rasgado seno de nuestras nubes de occidente, sino del fondo de aquel firmamento de púrpura que se parece á la encendida boca del horno; aquellos rayos no son solamente un resplandor, sino que llueven abrasantes, que calcinan al caer las rocas blancas, los chispeantes picos de las montañas, y que van á teñir el océa-

no de carmin como un incendio flotando sobre sus olas! Tenia necesidad de coger, de apretar con mis manos un poco de aquella tierra, que fué la tierra de nuestra primera familia, la tierra de los prodigios; de ver, de recorrer aquella escena evangélica, donde se realizó el gran drama de una sabiduría divina en lucha con el error y la perversidad humanas! ¡donde la verdad moral se hizo mártir para fecundizar con su sangre una civilización mas perfecta! Y luego yo era y habia sido, casi siempre, cristiano por el corazon y por la imaginación; mi madre me habia hecho de esa suerte; algunas veces habia dejado de serlo en los dias ménos buenos y ménos puros de mi primera juventud; la desgracia y el amor, el amor completo que purifica todo lo que abrasa, me [habian rechazado igualmente andando el tiempo á aquel primer asilo de mis pensamientos, á aquellos consuelos del corazon que pide uno á sus recuerdos y á sus esperanzas, cuando todo el tumulto del corazon cae por sí dentro de nosotros: cuando todo el vacío de la vida nos aparece despues de una pasión apagada ó una muerte que no nos deja nada que amar! — Ese cristianismo de sentimiento habia vuelto á ser un dulce hábito de mi mente. Yo me decia muchas veces: ¿Dónde está la verdad perfecta, evidente, incontestable? Si en alguna parte está es en el corazon, es en la evidencia sentida contra la

cual no hay raciocinio que prevalezca; pero la verdad del espíritu en ninguna parte está completa; está con Dios y no con nosotros: nuestro ojo es demasiado estrecho para absorber un solo rayo de ella; toda verdad, para nosotros, no es mas que relativa; lo que sea mas útil á los hombres será por consiguiente lo mas verdadero tambien; la doctrina mas fecunda en virtudes divinas será, pues, la que contenga mas verdades divinas, porque lo que es bueno es verdadero: toda mi lógica religiosa se cifraba en esto; mi filosofía no se elevaba mas allá, me vedaba las dudas, los diálogos interminables de la razón consigo misma, dejándome esa religion del corazon, que tan bien se asocia con todos los sentimientos infinitos de la vida del alma; que nada resuelve, pero que lo acalla todo.

10 de Julio, á las 7 de la tarde.

Muchas veces me digo:—¡Esta peregrinación, si no de cristiano, á la ménos de hombre y de poeta, le hubiera gustado tanto á mi madre! ¡Su alma era tan ardiente y se coloraba tan pronto y tan completamente con la impresión de los sitios y de las cosas! ¡Cuánto no se hubiera exaltado su alma ante ese vacío y sagrado teatro del gran drama del evangelio, de ese drama completo donde la parte humana y la parte divina de la humanidad hacen

cada cual su papel, la una crucificando, la otra crucificada! Este viage del hijo á quien tanto amaba debe sonreírle todavía en la celestial morada donde la veó; ella velará sobre nosotros: ella se colocará como una segunda Providencia entre nosotros y las tempestades, entre nosotros, y el *simun* (1), entre nosotros [y el árabe del desierto! Ella protegerá en todos los peligros á su hijo, á su hija por adopción y á su nieta, ángel visible de nuestro destino, que llevamos con nosotros á todas partes. ¡La quería tanto! posaba su mirada con una ternura tan inefable, con un deleite tan penetrante en el hechicero rostro de esa niña, la última y la mas hermosa esperanza de sus numerosas generaciones! Y si hay imprudencia en esta empresa que tantas veces habíamos meditado juntos, me la hará perdonar allá en su altura en gracia de los motivos que son: Amor, Poesía y Religion.

El mismo dia al anochecer.

Aun aquí viene á acosarnos la política. Hermosa es de ver la Francia en un porvenir cercano; la generacion que se levanta sabrá, por la virtud

(1) Viento abrasador que revuelve las arenas del desierto como las olas del mar en una tempestad.—*N. del T.*

de su edad, prescindir absolutamente de nuestros rencores y de nuestras recriminaciones de cuarenta años: poco le importa que se haya pertenecido á tal cual odiosa denominacion de nuestros rancios partidos; ella no tomó parte alguna en las contiendas, no tiene en su mente ni preocupaciones ni venganza. Se presenta pura y llena de fuerza á la entrada de una nueva carrera, con el entusiasmo de una idea, y nosotros, insensatos, llenamos todavía esa carrera con nuestras rencillas, nuestras pasiones, nuestras eternas disputas. ¡Hagámosle sitio! ¡Cuánto hubiera yo celebrado entrar en ella en su nombre, mezclar mi voz con la suya en la tribuna, donde no resuenan todavía mas que repeticiones sin eco en el porvenir! ¡Donde se pelea con nombres de personas! ¡Ya hubiera llegado la hora de encender el faro de la razon y de la moral sobre nuestras tempestades políticas; de formular el nuevo símbolo social que el mundo empieza á presentir y á comprender; el símbolo de amor y caridad entre los hombres, la política evangélica! Yo á lo ménos, por mi parte, no me echo en cara ningun egoismo sobre ese punto; yo hubiera sacrificado á ese deber hasta este viage, hasta este sueño de mi imaginacion de diez y seis años! ¡Ojalá suscite el cielo hombres, porque nuestra política avergüenza al hombre; hace llorar á los ángeles! El destino da una hora por siglo á la humanidad para regenerarse; esa

hora es una revolucion, y los hombres la pierden en despedazarse entre sí:—dan á la venganza la hora concedida por Dios á la regeneracion y al progreso.

El mismo dia, al ancla, en el mismo fondeadero.

La revolucion de Julio, que me ha affigido profundamente, porque amaba con un entrañable amor hereditario á la antigua y venerable familia de los Borbones, porque estos recibieron el amor y la sangre de mi padre, de mi abuelo, de todos mis parientes; porque hubieran recibido la mia si hubieran querido; esa revolucion sin embargo no me ha ecesperado, porque no me ha sorprendido. Yo la ví venir de lejos; nueve meses ántes del dia fatal, la ruina de la nueva monarquía estaba escrita para mí en los apellidos de los hombres á quienes cometió el cargo de dirigirla. Aquellos hombres eran honrados y leales, pero eran de otro siglo, de otras ideas; miéntras que el pensamiento del siglo caminaba en un sentido, ellos iban á caminar en otro; la separacion estaba consumada en la mente y no podia tardar en estarlo en las obras; la cuestion no era mas que de dias y de horas. ¡Y lloré esa familia que parecia condenada al destino y á la ceguera de Edipo! ¡Lloré, sobre todo, ese divorcio innecesario entre el pasado y el porvenir!

¡El uno podia ser tan útil al otro! La libertad, el progreso social hubiera recibido tanta fuerza de esa adopcion, que las antiguas casas reales, las antiguas familias, las antiguas virtudes, hubieran hecho de ellos! ¡Hubiera sido tan político y tan dulce no separar la Francia en dos campamentos, en dos afectos, y marchar todos juntos, unos apretando el paso y otros acortándole, para no desunirse en el camino! ¡Todo esto no es ya mas que un sueño! ¡Justo es llorarlo, pero no perdamos el tiempo en repararlo inútilmente! ¡Es preciso trabajar, es preciso andar; tal es la ley de las cosas, tal es la ley de Dios! Siento que lo que se llama el partido realista, que encierra tantas capacidades, influencia y virtudes, quiera hacer una parada en la cuestion de Julio, porque él, como partido, no estaba interesado en ese negocio, negocio de palacio, de intriga, de pandilla, en que ninguna parte tenia la gran mayoría realista. Siempre es lícito y honroso tomar uno su parte de la desgracia ajena; pero no se debe tomar gratuitamente parte de una culpa que no se ha cometido; es preciso dejar á quien la revindica, la culpa de los llamados *golpes de estado* y de la direccion retrógrada, compadecer y llorar á las augustas víctimas de un error fatal, no renegar nada de los afectos honrosos para ellas; no repeler las esperanzas remotas, pero legítimas y, en todo lo demas, volver á las filas de los ciudadanos; pensar, hablar, obrar, pelear con

al familia de las familias, con la patria. . . . ¡Pero dejemos esto! De aquí á dos años volveremos á ver la Francia. ¡Dios la proteja como á todos los seres amados y escelentes que dejamos en ella, en todos los partidos!

11 de Julio de 1832, á la vela.

Hoy, á las cinco y media de la mañana, hemos dado la vela. Algunos amigos de pocos dias, pero de mucho cariño, habian madrugado mas que el sol para acompañarnos á algunas millas dentro del mar, y llevarnos mas léjos su despedida. Nuestro bergantin se deslizaba sobre un mar sereno, límpido y azul, como el agua de un manantial á la sombra, en el hueco de una peña: apénas el peso de las vergas, esos largos brazos del buque cargados de velas, hacian inclinarse ligeramente ya un bordo, ya otro: un jóven de Marsella (1) nos recitaba unos versos admirables en que confiaba sus votos por nosotros á los vientos y á las olas; todo nos enternecia,—aquella separacion de la tierra,—aquellos pensamientos que volaban á la playa, cruzaban la Provenza é iban hácia mi padre, mis hermanas, mis amigos;—aquellas palabras de despe-

(1) M. Autran.

dida,—aquellos versos,—aquella hermosa sombra de Marsella que se alejaba, que disminuía bajo nuestros ojos,—aquel mar sin límites que iba á ser por mucho tiempo nuestra única patria.

¡Oh Marsella! ¡Oh Francia! ¡mas merecias tú! ¡Este tiempo, este pais, estos jóvenes, eran dignos de contemplar un verdadero poeta, uno de aquellos hombres que graban un mundo y una época en la memoria armoniosa del linage humano! Pero yo, profundamente lo siento, nada soy mas que uno de esos hombres sin efigie, de una época transitoria y borrada, de quien algunos suspiros han tenido eco, porque el eco es mas poético que el poeta. Sin embargo, yo pertenecia á otro tiempo por mis deseos; muchas veces he sentido en mí otro hombre; horizontes inmensos, infinitos, luminosos, de poesía filosófica, épica, religiosa, nueva, se rasgaban delante de mí, pero, ¡justo castigo de una juventud insensata y perdida! aquellos horizontes se cerraban muy pronto. Yo los sentia demasiado vastos para mis fuerzas físicas, y cerraba los ojos para no caer en tentacion de precipitarme en ellos. ¡Adios, pues, á aquellos sueños de génio, de delicia intelectual! Ya es tarde, harto tarde; acaso bosquejaré algunas escenas, murmuraré algunos cantos, y esto será todo. La obra quedará para otros, y con placer lo veo, otros vienen. Jamas la naturaleza fué mas fecunda en promesas de génio que en